



1

CASCADA DE CANICAS



—¡AAAAAAAAATCHÚS!

Los árboles se agitaron asustados por el tremendo estornudo.

—¡Felipe! ¿Ya te has vuelto a constipar? —gritó la abuela Josefina desde la ventana.

Meciéndose en el columpio del jardín, el elefantito respondió:

—¡Que noooo, abuela! ¡Que no he sido yo!

—Entonces, ¿quién ha sido?

—**¡IAAAATCHÚS!** —volvió a escucharse.

Esta vez, Felipe vio temblar las paredes del cobertizo de las herramientas. El cristal de la **VENTANA** estaba roto.

Parecía que alguien había pillado un buen **RESFRIADO** y quizá se escondía para no tomarse el jarabe que le habían recetado.



Felipe sabía mucho de eso.

Saltó del **COLUMPIO** y fue hacia la caseta de madera, dispuesto a descubrir quién estaba armando tanto jaleo. Le diría que se tomara la **MEDICINA**. No sabía tan mal y era mejor que otros remedios.

Al entrar, lo recibieron una nube de polvo y un chaparrón de estornudos.

—¿Holaaaaa?

—¡Hola, Felipe! ¡AAAAATCHÚS!

Por debajo de una mesa llena de trastos asomó la cara de Filomena, toda manchada. Tenía la nariz muy roja.

—¿Qué te pasa, Filo? ¿Tienes gripe?

—No tengo gripe —rio ella—. Busco mi PELOTA.

—¿Tu pelota? ¿Aquí?

—Sí, estaba jugando en el jardín y se me escapó.

Rompió la ventana y se coló aquí. Fue sin querer. He entrado a por ella, pero entre tantas cosas no la encuentro, y el polvo me hace estornudar.

La verdad es que el cobertizo era un desastre.

—Buscaré la pelota contigo —dijo Felipe, y le tendió la mano para ayudarla a ponerse de pie.

Filomena se sacudió el polvo de la ropa, que fue a parar a la trompa de su amigo.

